



## "EL GENERAL DEL PUEBLO"

(Fernando Diez de Medina)

De las 339 páginas que tiene este volumen editado pulcramente, un tercio está dedicado a reproducir lo que Diez de Medina llama las piezas maestras supuestamente producidas por el general René Barrientos Ortuño, personaje al que el autor le ha colocado el marbete de "General del Pueblo". No nos detendremos en analizar en qué medida es arbitraria esta designación.

Uno se pregunta qué propósito perseguía el literato en dedicar tantas páginas a un presidente gris y deschavetado, ¿tal vez retribución a la generosidad sin límites del mandamás de turno? De Diez de Medina se puede esperar todo.

No es propiamente una biografía, su lectura no nos permite conocer lo fundamental de la vida del héroe y menos su carácter y proyecciones en el marco de su época. Está ausente el análisis político serio, aun tomando en cuenta las limitaciones ideológicas del escriba chapado a la antigua.

La lectura del texto se hace sumamente pesada porque uno se da de bruces con un impresionante cúmulo de alabanzas y de adjetivos que compiten pro su excesiva benevolencia. Diez de Medina se limita simplemente a dejar consignados sus despropósitos, sin molestar en acopiar argumentos o hechos que los justifiquen; en algún lugar habla de la existencia de pruebas de lo que afirma, pero no va más allá de postura tan simplista.

No sabemos si un imberbe se dejará convencer que el general René Barrientos Ortuño logró elavarse hasta la altura de Bolívar, Andrés de Santa Cruz, Campero o Sócrates; el hombre de la calle medianamente informado se limitará a encogerse de hombros ante la formulación de planteamiento tan temerario, que venciendo toda temeridad concebible aparece absurdo.

No es gratuito el rumor de que se trataría de un escrito hecho por encargo. La interpretación de Diez de Medina es forzada, como se desprende inclusive de una lectura veloz del libro. Nos parece que la clave que puede ayudar a descifrar el misterio se encuentra en el capítulo titulado "Ninguno amó tanto a su pueblo". En la página 184 se lee:

"Presidente: Ahora dígame ¿cree usted en la dictadura?"

"Consejero (Diez de Medina): No, Presidente. No creo en ella, más bien la temo. Acuérdesse de Busch, el gran incomprendido. La fuerza no solucionó sus problemas. Y la fuerza de usted, mi General, radica justamente en lo contrario de la dictadura: el poder que emana de la voluntad popular, el espíritu democrático que acata las leyes".

Un poco más adelante prosigue:

"Presidente: También usted lo ayudará (a Alfredo Ovando como sucesor en la Presidencia).

"Consejero: No, mi General. El día que usted entregue el mando me retiraré a la vida privada.

"Presidente: Usted no es viejo. Tiene muchas energías, muchos años para seguir sirviendo al país.

"Consejero: En estos cuatro años a su lado, mi General, acumulé tal carga de infamias, de injusticias y

de odio, proveniente de nuestros adversarios, que creo tener derecho a descansar".

En las líneas transcritas está íntegro Fernando Diez de Medina y también está sintetizado el sentido del libro. Más que el general René Barrientos Ortuño, el personaje es el literato oficiando de gran estrategia político. Formalmente el autor aparecía como ministro sin Cartera, cuyas funciones no estaban delimitadas por ley alguna y su misma creación fue un hecho circunstancial, aunque ministros sin cartera ya existieron antes.

Diez de Medina prefiere llamarse a sí mismo Consejero, esto para poner de relieve que era la eminencia gris del gobierno Barrientos, que todo lo que hizo éste fue su obra exclusiva y que si el héroe escalo las cumbres de la inmortalidad fue gracias a sus orientaciones e impulso sabios.

René Barrientos es el accidente y el demiurgo Diez de Medina, por esto mismo, el gobierno de Barrientos es presentado como el mejor.

La crítica interesada ha querido ver en "El general del pueblo" una obra desinteresada, como si fuera un tributo generosa a la amistad y la lealtad. Nos estamos refiriendo a algunos sueltos publicados en columnas solicitadas, como la del señor José Romero Loza (otro servidor de Barrientos), por ejemplo. Diez de Medina no sólo quiere immortalizarse, sino recomendarse como sabio e infalible Consejero. Hay que alabar desmedidamente a la criatura, poner de relieve su genial precocidad, para insinuar la predestinación del padre putativo. Diez de Medina patriarca de las letras bolivianas y árbitro de la alta política, eso es lo que quiere demostrar el libro que comentamos. No tiene el menor reparo en recomendar como obras maestras, destinadas a la antología, algunas piezas leídas por Barrientos y escritas por Diez de Medina. ¿Alabanza espontánea al héroe? No. Autoalabanza del escritor.

Abundan las afirmaciones que es preciso poner en su verdadero lugar. No puede dudarse que en sus inicios el gobierno nacido del golpe contrarrevolucionario de noviembre de 1964 tuvo rasgos populares, que se apoyó en gran parte de la clase media y resultó beneficiado por la profunda oscilación de grandes sectores campesinos, que vieron en la espada del general una garantía para la preservación de sus parcelas. En las ciudades el antimovimientismo concluyó rechazándose; el ejemplo de las universidades es aleccionador porque muestra cómo rápidamente parte de la inteligencia pequeñoburguesa identificó sus veleidades marxistas con el entusiasta respaldo que prestó a los conspiradores de noviembre de 1964. La barrientización de las ciudades fue el punto de arranque para el salto gorila a las minas. Los estudiantes -pueden jugar un importante rol en el proceso revolucionario, pero no dirigirlo- bien pronto reaccionaron positivamente ante la presión de una clase obrera que no cejó en su lucha contra los métodos fascistas de gobierno y puso en pie a los sindicatos clandestinos, se fueron desplazando rápidamente hacia la izquierda y lanzando denuestos contra la dictadura; dictadura aunque funcionaba como altoparlante del Poder Ejecutivo un parlamento amañado y formado por amigos del general Barrientos.

Fernando Diez de Medina hizo creer al general en la magia de las palabras bien adornadas, que eran capaces de forjar un mundo ideal, etc. El "temperamental" presidente -es lo menos que puede decirse de él- se rompió las narices queriendo convencer a los estudiantes soliviantados acerca de las bondades de su genio creador más que de su gestión gubernamental.

El libro del demiurgo registra con generosidad los silbidos que marcaron la marcha del presidente Barrientos por los callejones de las universidades. El escritor parece no percibir -pese a que como "consejero" demostró poseer alguna perspicacia- que se trataban de reflejos de fenómenos exteriores con referencia al proceso de radicalización de las masas pequeño-burguesas, sobre todo de su capa estudiantil, que le llevó a desembocar en la trinchera antigorila del proletariado.

La torpeza extrema del observador se convierte en ceguera indiscutible -no sabemos si deliberadamente o no- cuando obligadamente Fernando Diez de Medina se tiene que referir a las relaciones obligadas del Presidente general René Barrientos Ortuño con el movimiento obrero en uno de sus momentos de radicalización.

Con una admirable y bien estudiada sangre fría se estampa la especie de que el general fascista y sirviente del Pentágono norteamericano, era nada menos que un indiscutible "amigo de los obreros", poco faltó para que se dijese que se trataba de su defensor incondicional.

El general de marras debutó como autor de descomunales sangrías en los campamentos mineros, como

sucedió en las trágicas jornadas de mayo de 1965. Los campamentos de los trabajadores del subsuelo asaltados por las tropas del ejército y bombardeados por la aviación de las fuerzas armadas, cuyo resultado fue un río de sangre.

Y así transcurrió toda la gestión del inefable general. Más tarde vendrá la masacre dantesca de San Juan en Siglo XX. En descargo del ánimo de "su" general, Fernando Diez de Medina dice que los obreros dispararon primero. El problema no es establecer el principio de agresión, sino saber si el general de aviación Barrientos masacró o no a los obreros, si destruyó o no a las organizaciones sindicales, si canceló o no las garantías democráticas cuando éstas se referían al movimiento popular, si disminuyó o no los salarios, etc.

La historia ya ha dicho su verdad: el general Presidente fue un dictador que utilizó los métodos de gobierno fascistas. Y esto basta para decir que el libro de Fernando Diez de Medina forma parte de una descomunal impostura.

Se sostiene que René Barrientos fue víctima de la traición de sus propios compañeros de armas. La cuestión no es tan simple y las bribonadas no pueden explicarse sin analizar previamente la naturaleza y contradicciones del ejército boliviano, cosa que Diez de Medina no desea hacer.

(De "Masas", N° 411, junio de 1972)